

Ricardo Donoso

Recuerdos de Lima

La sombra de Bolívar.—La quinta de la Perricholi.— Valores intelectuales del Perú actual

La feliz iniciativa de reunir, en la casa que habitara el Libertador, en el tibio ambiente de La Magdalena, todos los recuerdos de sus vibrantes y apasionados días de existencia en la tierra peruana, nos permite evocar algo de la intimidad de sus emociones, de la grandeza de su triunfo y de la trascendencia de la jornada que remató en Ayacucho.

El lugar, el ambiente, el apacible ritmo de la vida, la quinta misma, expresan a la imaginación, con más fuerza que los conceptos más acentuados, los matices más sutiles de las inquietudes que movieron los corazones de los fundadores de la independencia americana.

A pesar de la corta distancia que separa a Lima de La Magdalena, la diferencia del clima no puede ser más sensible: en el apacible balneario, apreciado ya en la época de los Virreyes, el aire es tibio, dulce, suave, podría decirse que

amóroso. Los árboles yerguen orgullosos sus altivas copas, y la reducida población exhibe un recatado aire de rincón provinciano. La rancia y magnífica iglesia levanta su modesta torre sin destruir la armoniosa uniformidad del conjunto.

Apenas se traspone el umbral de la vetusta casa, un ambiente de dulce intimidad se respira: aquí está el lindo costurero de Manuelita, Manuelita la Bella, la amiga predilecta del Libertador, la que con heroico coraje le consagró su amor y su vida, que desafió las iras de la naturaleza y con exaltado apasionamiento lo siguió de campamento en campamento y de caserío en caserío; el lindo poncho que le bordaron las señoras de la milenaria Cuzco, y que Bolívar colgara de sus hombros después de Ayacucho; los uniformes, las cornetas, las espadas, las cuentas para comprar los muebles de la casa: la

cama, la mesa de comedor, el bastón, la hamaca en que el vencedor de tantas jornadas heroicas reposara de sus fatigas; el catre de campaña, la maleta de viaje, los recuerdos todos de una existencia afanosa y de preocupación constante.

Y para hacer más vivo el recuerdo y no olvidar los rasgos de la frágil arcilla que servía de envoltura a aquella alma grandiosa, están los retratos, los grabados, los impresos, los manifiestos, los documentos oficiales. Domina por sobre todos el óleo contemporáneo de don José Gil de Castro, patinado ya por los años, y no son de menor mérito los de cuantos autores, antiguos y modernos, han procurado conservar en el lienzo el rostro macilento y el perfil aquilino de aquel genial creador de naciones.

Y para mantener fresco el perfume de la inolvidable gloria, montan guardia permanente, de día y de noche, desde sus doradas molduras, todos los nombres gloriosos de la independencia: San Martín, La Mar, Santa Cruz, el heroico serrano José Olaya y tantos más, hombres y mujeres, que ofrendaron su vida y su sangre en el altar de la patria que nacía a la existencia soberana. Y entre los preclaros varones que figuran con imperecedera gloria en las páginas de la historia de la independencia, el sabio Unánue y el mismísimo don Simón Rodríguez, el Maestro del Libertador, como ha sido llamado, que paseó su ánima aventurera por el Viejo y el Nuevo Mundo con espíritu incansable.

¡Qué dulces e inolvidables días ha debido vivir aquí el Libertador, acariciado por el tibio aire del Pacífico y aprisionado en los amorosos brazos de Manuelita! El hermoso y cuidado jardín, el amplio

huerto, ¿qué goce, qué gloria, qué ambición le regateó la vida que no escanció el Libertador en su copa hasta las heces?

Pero no sólo los recuerdos de la vida del Libertador en el Perú se han reunido en La Magdalena: toda una vasta sala está dedicada a cuantos patriotas supieron de las amarguras de las mazmorras de los castillos del Callao, donde el agrío Rodil supo mantener una resistencia poco menos que inquebrantable, mientras la similar del lado opuesto está dedicada a exhibir los retratos de cuantos militares y magistrados han ejercido el poder supremo en el Perú, y en la que se pueden admirar no menos de cincuenta retratos.

Junto a tanta gloria imperecedera, vaga también, en medio del discreto silencio del Museo Bolivariano de La Magdalena, un nombre querido de cuantos aman las cosas del pasado y cultivan las disciplinas de la tradición, y que cuidó con renovado empeño del fresco lustre de sus colecciones de cuadros, muebles, manuscritos e impresos: he nombrado a Jorge Guillermo Leguía. Al recorrer con exaltada curiosidad sus salas y sus jardines se ha renovado en mi alma la honda pena que me produjo su prematura muerte, y al seguir la huella de su actividad, he comprendido en todo sus alcances el irreparable vacío que dejó su existencia. Imperdonable ingratitud sería, de cuantos visitan con religioso recogimiento las ricas galerías del Museo de la Magdalena, no rendirle desde aquí el homenaje de la admiración más profunda y sincera.

Uno de los más eminentes escritores de las nuevas generaciones peruanas, Jorge Basadre, ha escrito sobre la Perricholi, estas agu-

das palabras: «Aunque se escandalicen las gentes timoratas y sedudas, lo cierto es que dentro de los nombres de más vasta resonancia hay que comprender el nombre de una mujer, ni santa, ni poetisa, ni matrona, sino cortesana: Micaela Villegas, la Perricholi. A ella dedicaron sus mejores páginas los viajeros más exquisitos que llegaron a estas tierras exóticas: Basilio Hall, Max Radiguet. Pero la verdad es que en el éxito de la Perricholi, agrega, interviene un factor decisivo. Ella encarna el profundo atractivo de la mujer, del amor, del goce, del pecado. En una época típicamente convencional, ella vivió de un modo intenso, impetuoso y magnífico, la vida. Es el suyo un contraste rotundo con otras figuras más austeras, más ilustres y más encumbradas, pero al mismo tiempo, llenas de sequedad, de impermeabilidad, de sordidez o de tiesura».

¿Qué extraño, tiene, pues, que el ávido viajero, ansioso de comprender los rasgos de la vida peruana, encamine sus pasos hacia la risueña y amable residencia conocida tradicionalmente como el palacio de la Perricholi? Aunque protesten los tradicionalistas, sosteniendo que no hay ninguna seguridad del hecho, la historia o la leyenda tiene una seductora fuerza evocadora, que la visita de la encantadora quinta no hace más que acen-
tuar.

Al arribar a Lima, desde la obscura Capitanía General del Reino de Chile, don Manuel de Amat, estaba en plena madurez de los años y pronto demostró que circulaba ardiente y apasionada la cálida sangre catalana que corría por sus venas. No dejó en Chile recuerdos amables, y la impetuosidad de su carácter y su inquebrantable arro-

gancia, no dejaron de influir en las semblanzas que nos han dejado de él los escritores coloniales. «Fué don Manuel de Amat un hombre prepotente, y cómo tal de trato áspero y poco urbano, escribe don Felipe Gómez de Vidaurre. Sólo se le experimentaba afable y risueño después de mesa. Poco mal hubiera sido éste, si no se hubieran juntado en él otras peores partidas, como la avaricia, que lo hacía dar los empleos al que más le ofrecía, y la presunción, que lo hizo llegar a ultrajar la nobleza de Chile, tan benemérita por muchos títulos».

Todos los escritores limeños, desde Palma hasta los últimos tradicionalistas, no han regateado elogios a la belleza, a la inteligencia y al encanto de la actriz huanuqueña, que hizo las delicias del público limeño durante un cuarto de siglo. «Sin ser una correcta hermosura, escribe un autor, tenía una inteligencia muy viva y rápida, hablaba con gran locuacidad y salpicaba de chistes la conversación: complaciase en la sociedad inteligente e ilustrada, y tenía muy desarrollado el sentimiento de lo bello y de lo grande: era profundamente religiosa y en extremo caritativa.

En un ambiente como el de Lima, donde desde el clima hasta los frutos de la naturaleza, contribuyen a hacer plácida y dulce la existencia, la ardiente pasión que animó la impetuosa alma del Virrey no desentonaba de ninguna manera. Recibido del mando apenas llegado, en Diciembre de 1761, al año siguiente se estableció el coliseo de gallos. La afición por las diversiones y los encantos todos que por entonces ha debido tener la vida limeña, no han dejado de arrancar expresiones de protesta a algunos espíritus, y así el eminente Mendediburu escribe: «Lima, hasta el

presente la ciudad de las fiestas y regocijos públicos, encontró ocasiones en la época de Amat, para dar soltura a su pasión dominante por las celebridades y diversiones, que tanto fomentó el Gobierno español con daño de la moral y de las buenas costumbres; y como este vicio que engendra otros, necesita pretextos para tomar ensanches, los busca el pueblo apoyado por las autoridades y corporaciones que debieran combatir el ocio y crear estímulos en favor del estudio y del trabajo. Pocas veces se vió en la capital del Perú un conjunto de espectáculos, demostraciones y recreos como los que se emplearon en recreo del Virrey y para halagarlo con motivo de haberle condecorado el Rey de Nápoles con la Gran Cruz de la Orden de San Genaro, en el año 1774. Amat fué el primero en dar solemnidad a esas funciones y mandó ejecutar un gran simulacro militar, dispuesto por él mismo».

Fué tal vez en esos días de su esplendor virreinal, cuando Amat construyó la quinta que hoy recorre con emoción el viajero y que se conserva admirablemente, gracias a los cuidados que le prodigan sus ocupantes. Todo está como hace cerca de dos siglos: las habitaciones, el altar, la pila, el baño, los jardines. Desde la terraza se admira un risueño panorama de arboledas y jardines, hasta las faldas mismas del San Cristóbal, y el glorioso adornó de la «lluvia de oro» pone una nota decorativa inconfundible. El apasionado catalán, goloso de todos los halagos de la existencia, no olvidó un solo detalle; ni el huerto, ni el corral, ni el establo, ni el gallinero, y dotó la quinta de su seductora amiga de todas las comodidades y agrados que embellecen la vida. ¡Qué dul-

ces e inolvidables deben haber transcurrido allí las horas para el Virrey! ¡Qué de halagos y satisfacciones deben haber llenado sus días, junto a la cálida ternura de su huanuqueña!

De los agrados que para Amat tuvo la vida limeña, hablan con bastante elocuencia los propósitos que se le atribuyen de establecerse definitivamente en el Perú, para cuyo fin edificó una casa de campo conocida con el nombre de quinta del rincón, contigua al monasterio del Prado, y que pasó después a ser propiedad de su mayordomo. Pero, vinieron los años, los achaques y los malos ratos, hasta que después de catorce años y nueve meses de Gobierno, el hosco Amat fué relevado del Virreinato. Del juicio de residencia que se le siguió no salió inmaculada su probidad y hubo numerosas reclamaciones que se cortaron, como recuerda el autor mencionado, transigiendo con los ofendidos a fuerza de dinero. Para hacer estos gastos, dió poder a don Antonio Gomendio, previniéndole con ironía no le diese «la pesadumbre de comunicarle detalles fastidiosos». A cuatro millones de pesos hacen subir los cronistas la fortuna que amasó el agrío Virrey, en sus laboriosas tareas gubernativas, y que se fué a disfrutar a España, a su entrañable Barcelona bien querida.

Miquita Villegas le sobrevivió varios años, y murió en su casa de la Alameda Vieja en 1819, «cubierta de bendiciones, como dice Palma, la acompañó el sentimiento unánime, y dejó recuerdos gratos al pueblo limeño».

La tradición de la Perricholi está viva y fresca en la memoria del pueblo limeño, y aunque pese a la ira de algunos de sus escritores la tradicional residencia donde se des-

lizaron los radiantés días de su juventud y de su éxito, sigue despertando la curiosidad del apresurado viajero. La huerta y el jardín, los árboles y las flores, el baño y la fuente, vibran animados por una fuerza evocadora, como glorioso testimonio del triunfo, siempre renovado y eterno, del amor.

Las perturbaciones políticas que han agitado al Perú en los últimos años, han repercutido también hondamente en la vida literaria: los escritores peruanos no se han encastillado en su torre de marfil y la mayor parte de ellos han actuado gallardamente en la lucha cívica; por eso son muchos los que saben de las amarguras del ostracismo y del rigor de las prisiones de San Lorenzo. De aquí que la actividad intelectual y literaria no haya tenido en los últimos años un singular relieve; sin embargo, en los dos últimos lustros se han destacado algunos escritores con acentuados perfiles, que permite incorporarlos en el número de los consagrados. Junto a los nombres de José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Alberto Ulloa, Francisco García Calderón, Mariátegui, Luis Alberto Sánchez, Emilio Romero, Horacio H. Urteaga Uriel García, Enrique Bustamante, y muchos más, que a una larga dedicación a la docencia, a la política y a la diplomacia, agregan una labor literaria de alto mérito se unen los tres hombres de letras, cuya vocación por el estudio del pasado político, literario y social del Perú los une con vínculo sólido: Jorge Guillermo Leguía, Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre.

Leguía ha dejado en todas partes un emocionado recuerdo de simpatía, de cordialidad, de afecto. El ejercicio de la docencia y el culto

de las letras fueron las empresas que llenaron su vida, y en la cátedra, en la secretaría de la centenaria Universidad de San Marcos y en el Museo de la Magdalena, dejó una huella perdurable de laboriosidad, de amor al estudio y de interés ardiente por las cosas de su tierra. La Biblioteca Peruana, de la que fué director, su elogio de don José Gálvez, su estudio sobre Palma, su Boletín del Museo, y otros trabajos menores, entre los que ocupan señalado lugar sus textos de enseñanza, exhiben un testimonio elocuente de su exaltado patriotismo y de su entusiasta dedicación a las letras.

Raúl Porras Barrenechea, a pesar de su juventud, tiene ya una nutrida hoja de servicios públicos, en la diplomacia y en la docencia, y las páginas que ha dado a la estampa permiten esperar de su acción literaria una labor de aliento. El extenso prólogo con que publicó la documentación relativa al Congreso de Panamá; y la encantadora «Pequeña Antología de Lima» que acaba de ver la luz pública, con ocasión de las fiestas del Centenario, son reveladores de la solidez de su cultura y de su buen gusto literario. A título de curiosidad, merece mencionarse el hecho de que en esta última publicación se ha incluido un fragmento de uno de los escritos de don Benjamín Vicuña Mackenna.

Pero el escritor que con mayor vigor literario y más entereza cívica ha estudiado la evolución social y política del Perú es Jorge Basadre. No es Basadre un investigador frío ni un historiador anodino: une a la preparación sociológica, la delicadeza del artista y el valor moral necesario para proclamar la verdad, aun cuando ésta pueda ser dura y agria para su pa-

tria. Tres obras lleva ya publicadas: «La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú», «La iniciación de la República», que comprende la evolución política del Perú desde la Independencia hasta la caída de Santa Cruz, y «Perú: Problema y Posibilidad», ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú, que lo consagran como uno de los más altos valores intelectuales de las nuevas generaciones.

Con un sólido bagaje erudito, atento a los factores geográficos sin olvidar las diferencias raciales, y dando la debida intervención a los caracteres psicológicos, ha trazado en su último libro un cuadro de la evolución política del Perú en el último siglo, admirable de colorido, de precisión y de acierto. Las páginas que ha consagrado a la evolución de las clases sociales, a Piérola y el predominio del civilismo, y la autopsia, que podríamos decir que hace del señor Leguía y del leguismo, pueden citarse entre cuantas más serenas y de mayor agudeza psicológica se han escrito en torno al problema político del Perú en los últimos años.

Con un gran valor moral, Basadre analiza los factores geográficos, políticos, económicos y sociales que encuadran su evolución histórica. «Hoy más que nunca se duda del Perú y se teme por su porvenir», escribía ya en 1931. «Taras, culpas y errores hacen incrementar los factores de disociación y de integración. Carecemos de victorias y de grandes hombres. El territorio peruano ha sido recortado por obra de la violencia o de la transacción. Las inmensas riquezas del oro y la plata colonia-

les, el guano y el salitre de la primera República, el petróleo y el cobre actuales, no han servido de mucho. Nuestra hacienda está empenada. Elementos no ya fusionados, lo que sería imposible y tal vez inconveniente, sino carentes aun de la mera armonización, forman nuestra realidad sociológica. El país no marcha en una dirección ya fijada sino oscila entre la dictadura y la anarquía, entre la atonía y el estallido. A pesar de las enseñanzas profundas del pasado, seguimos con la femenina entrega al caudillaje». Con gran altivez, con meridiana claridad Basadre señala las supervivencias coloniales que prevalecen en la vida peruana, puntualiza dónde residen los elementos reaccionarios y vaticina la orientación que tendrá la lucha política del futuro. Pero el vigoroso escritor peruano no es un desesperado del porvenir que aguarde a su tierra y escribe: «Abundan, pues, el augurio, el indicio, la tarea recién iniciada. A pesar de eso, a menudo vacilamos y renegamos. Con el desdén, la ira o la burla golpeamos entonces al Perú, exasperados o aburridos ante sus convulsiones que acaso sólo son anuncios de una forja y ante sus taras que deber nuestro es disminuir o evitar. Olvidamos entonces que los más altos destinos de la historia se han cumplido orillando abismos y que la gloria verdadera no nace sino del maridaje del esfuerzo y del dolor».

Puede, sí, adelantarse que en las nuevas generaciones de la intelectualidad peruana alienta la firme resolución de encarar los turo con decidido valor y con entereza cívica.